

## ASÍ EN EL CIELO COMO EN LA TIERRA

Jessica Pyke Ardila.

### Primer Premio

Cuando era pequeño me gustaba pasar largas horas tumbado en los prados al Sol, el calor de sus rayos era tan reconfortante que valía la pena soportar una de las terribles broncas de mamá tras enterarse de que había vuelto a hacer novillos. Sus flores y aromas eran inigualables, bueno..., más bien sus flores, ya que de vez en cuando tenía que lidiar con las mordeduras de aquellas horribles garrapatas como precio a pagar. Pero nada era tan dramático si luego mi piel era tiernamente acariciada por las manos de mi querida amiga. «No hay dolencia que se me resista», decía con la amplia sonrisa de dientes chuecos. Así que ya tenía otra excusa más para meterme en travesuras.

—Buenos días, señor Eleuterio, ¿cómo se encuentra hoy?

—Buenos días, señorita, ¿podría decirme dónde está mi mujer?

—¿Su señora? Pues me dirá dónde la dejó usted.

—Por ahí estará en la huerta, la última vez que la vi me dijo que iba a plantar pimientos, ya sabrá que estamos en el tiempo, ¿verdad? Pero desde entonces que no ha crecido ninguno.

—Vaya, ¡qué lástima!, tendrá que esperar hasta la próxima temporada.

—Pero me tendré que ir yendo para la finca o pensará que me he perdido yo, ¡y no, la que se perdió fue ella! ¡Ay, de cuándo se fue a por los pimientos!

—¡Cuánta prisa! Recuerde que no puede hacer muchos esfuerzos. Tenga, todavía tiene que desayunar, que si no come más no va a poder coger el rastrillo.

—Es verdad, tiene usted razón, la culpa es de este bozal que realmente no sé ni para qué lo quiero yo.

—Pues ese bozal es el que le da el aire que tanta falta le hace.

Otra vez volvía a estar en un sitio de esos, rodeado de amables señoras y señoritas (y algún que otro chico) que desinteresadamente me traían la comida cada día a la cama. Verán que yo estoy sumamente agradecido por su caridad, pero tampoco tengo todo el tiempo del mundo. Cuando llega uno a cierta edad todo le hace sentir viejo. En mi época las mujeres llevaban falda como mi Carmina. Estas niñas van ahora con pantalones porque dicen que es lo más cómodo; ¡ni que pudiéramos haber contestado así, su papá le hubiera dado un guantazo! Pero es que ahora, desde que podemos enviar señales a Marte y todo eso, parece que las modas han cambiado todavía más y se construyen ellas solitas unos andrajosos vestidos azules hechos con bolsas de basura. Sí, lo han entendido bien, y cuando les pregunto el porqué, me dicen que es así, que es obligatorio hasta que se vaya «el bicho ese». Pues te digo yo que con el carácter que tienen hoy en día bien podrían exigir ponerse algo más mono. No sé cuán poderoso será «el bicho ese», pero si no, ¿para qué sirve tanta reivindicación? Digo yo, no sé, pero como no entiendo de modernidades.

Me quita el bozal y lo cambia por los tubitos de la nariz cada vez que llega la hora de comer.

—Muy bien, Eleuterio, tiene que acabárselo todo. Usted mismo, sí, así, no se preocupe por las manchas que aquí no tiene que lavar nada.

¡Cof, cof! Tragué un par de cucharadas hasta que la maldita tos se volvió a apoderar de mí. Siempre me decían que si me atragantaba siguiera tosiendo, que era bueno para

sacar lo atascado, pero ¡si es que yo no tenía nada atascado! Para mí que es cosa de los nuevos polvos de Marte, deben estropearlo todo, lo sé porque ahora ya no te dura un electrodoméstico más de dos años y un día. Últimamente la tos no me dejaba acabarme los platos, se ponían muy nerviosas las señoritas y me volvían a colocar el bozal. No ese que llevan ellas imitando el porte aviar, sino otro más engorroso lleno de tubos y que soplaban un fuerte viento que lo dejaba a uno con el moco pegado al techo. Lo que yo no entendía era por qué me dejaban, eso sí, por el otro lado me metían agua por vena «ya que estaba seco».

Volvió a llegar otra noche más, había perdido la cuenta de cuántas llevaba. Últimamente me gustaba más dormir porque venían a hacerme compañía toda clase de criaturas. La mayoría de veces me visitaba mi madre y mis perritos Chus y Titu, era difícil hablar con ellos, pero simplemente verlos ya me tranquilizaba. En ocasiones se pasaban la noche sentados en la butaca, y no era extraña la mañana en la que notaba una tenue caricia de unos labios besando mi mejilla. «La gente buena nunca estará sola», me solía decir mi madre; y yo le pegaba cuatro gritos cuando venía porque en el pueblo no quedaba nadie más de mi quinta. Yo creo que entonces debía de ser muy malo, porque todos los demás se podían permitir ir de vacaciones y yo tenía que seguir labrando los campos y atendiendo al ganado. ¡Válgame el cielo!

Pero esa noche no resultó ser tan bonita: el prado al sol en el cual estaba tumbado comenzó a arder (el cambio climático nos iba a matar). Todo el cuerpo me dolía y apenas podía girarme sobre mí mismo.

—¿A dónde vais? —alcé el grito a unos salmones que saltaban por la hierba, extraviados.

—A por un poco de agua, el río se ha secado y si no nos remojamos las llamas calcinarán nuestras frágiles escamas.

—A mí ya me están alcanzando. ¡Ah, ah, me suben por la espalda y no me dejan respirar!

—Tienes que llamar a Carmina, es la única que te podrá curar —y desaparecieron botando con gran apuro para escapar de los lengüetazos de fuego que a mis albos cabellos ya alcanzaban—. ¡Carmina, Carmina!

—¿Qué le pasa, señor Eleuterio? —por fin había venido Carmina, hacía tanto que no la veía... Pero sabía que si tenía algún problema ella siempre acudiría a mi encuentro—. ¡Fuego, fuego! —sus manos eran un poco distintas a las de antes, estaban frías y tenían la textura de papilas de gato.

Los latigazos de las salamandras habían llegado a mis ojos, pues no podía abrirlos. ¡Con lo guapa que debía estar! Ella, ágil y rauda, hizo alarde de sus utensilios.

—Tiene mucha fiebre, por eso se encuentra tan malito. No se preocupe, que en un momento volverá a sentirse mejor —noté un fresquito agradable recorriendo mi brazo como un flechazo.

Y tenía razón, no había mal que su amable corazón no pudiera espantar. Gracias a que me alcanzó el fuego esa noche pude estar al lado de Carmina de nuevo, hasta que sigilosamente se retiró a su alcoba a dormir. Una vez pasado el incendio volvió a crecer el río, y este inundó mi ropa, pero no me importó. Los restos de ceniza se agruparon unos con otros y crearon una barquilla de madera. Era tan mullida que los agudos dolores cedieron y mi mente también se retiró, flotando a la deriva. Entramos en un bosque cuyos árboles se dejaban los riñones en una amplia reverencia: formaban unos con otros un frondoso y sombrío puente enramado que llevaba a los mares del descanso.

Pero, antes de atravesarlo del todo y de perder el reflejo de la luna en el agua, apareció Carmina flotando sobre otra barca, que venía en dirección contraria. Remando con una gran pluma de acero y sujetando un libro abierto por su izquierda se me acercó. Su aliento entró cual remolino por mi oreja susurrando unas pacientes y animosas palabras de coraje. Era todo lo que necesitaba para poder reposar mi cabeza en paz esa noche.

—Buenos días, ¿cómo se encuentra hoy? —algo me zarandé, pero tenía demasiado sueño como para levantar la cabeza.

—Anoche tuvo un fuerte pico de fiebre, doctor, ha remitido parcialmente pero persiste un deterioro progresivo muy marcado.

—Sácale de nuevo unos gases, la saturación ha bajado de 85% y ya lleva reservorio.

—¡Ah, uh, ah, bestia! —blandí fuerte un par de manotadas. Algún bicho me estaba clavando el aguijón bien fuerte y no toleraba que nadie me despertara así de mis sagrados descansos. ¿Cómo puede uno mantener cuerda la cabeza, si no? El dolor se acentuó y el pinchazo se repitió de nuevo, lo suficientemente agudo como para que me trajera de vuelta al mundo de los vivos.

—Ya está, solo ha sido un mosquito —el dulce rostro de la señorita de las mañanas retrató mi primera toma de conciencia. Ella era mi favorita, tenía en su hacer el mismo amor que mi desaparecida mujer.

—¡Ay, ay, Raquel! ¿Pero qué es este calvario que tenemos que pasar los pobres viejos?  
—relajé la voz.

—Ya sé que duele, cariño, pero recuerde que estamos aquí para arrancarle la cabeza al «bicho ese», y que así pueda volver a casa cuanto antes.

—Si no me he ido ya es porque no me deja. Aunque a decir verdad, después de tantos años he conseguido que mi amada mujer me viniera a visitar de nuevo, y antes de irse me susurró que pronto vendría a buscarme —entonces entendí por qué había crecido el fuego: de vez en cuando la naturaleza pide renovación y mover de tierras, y yo hacía mucho que no sacaba las malas hierbas.

Los ojos de Raquel se abrieron como tomates, fue ahí cuando deparé en el jovenzuelo que estaba de pie a su lado, vestido con el mismo traje de astronauta.

—¿Tú también te compras la ropa en el Zara? —le solté, me miró como un bobo—. Ya veo que con capital se puede hacer que los demás te bailen la peonza. A mí no me ponéis eso, ¡no, señor! Pero de todos modos os agradezco que vengáis a verme, si no hay oros en el banco no se puede ir de vacaciones y uno se queda en el pueblo tan solo...

—No, yo soy de las tuyas, prefiero un elegante vestido y sentir el aire fresco de la *tierruca*. Verá que cuando ganemos la batalla podremos contemplarnos los unos a los otros a la cara de nuevo.

—Más te vale, nunca he tenido un hijo, pero si lo tuviera desearía que fuera tan hermoso como tú.

—¡Qué dice! Ni siquiera ha visto el horroroso careto de estrés que llevo.

—No necesito apreciar con los ojos lo que para el alma sobran los sentidos.

—Muchas gracias —se le humedecieron los ojos a Raquel—. Poca gente queda ya tan cortés como usted. Lo que sí puedo prometer es cuidarle bien.

La tarde fue más divertida que el resto de días. Tal y como había deseado, me pude escapar y volver a correr por los campos. Sabía que estaba corriendo porque me

encontraba muy fatigado, y cuando uno se fatiga le dan como unos tirones fuertes en el pecho y le cuesta respirar. Pero no me preocupé, sabía que era por el ejercicio. Aproximadamente cada cuatro horas mis piernas agarraban con ánimo la bicicleta, era una locura muy divertida, ¡pues iba sin manos! El poder ir en bicicleta fue sin duda lo mejor del día, porque por paradójico que parezca me aliviaba los extraños dolores que sentía en el rabillo de la espalda y los talones. Gradualmente comencé a perder la noción del tiempo, pues no veía ni el Sol ni la Luna, era raro recorrer los viejos campos sin un astro como guía. Hacía tiempo que no me sentía tan feliz, lo único que extrañaba era un poco de compañía; así que pensé en mis vacas. Tan pronto como las imaginé aparecieron ante mí, ¡y de menuda manera! No había rastro más inequívoco de una granja que su apabullante olor. De nuevo el río volvió a crecer, y sus fétidas ofrendas se esparcieron por las aguas bautizándome al estilo pentecostal. Intenté correr para ponerme a salvo en un sitio alto, pero lo único que logré fue pasar de un lado a otro haciendo la croqueta, vuelta y vuelta. De tanto girar sobre mí mismo el río se secó (y yo también me sequé), llevándose consigo los pestilentes efluvios. El agua limpia, el fuego purifica, el aire todo lo mueve y la tierra recicla.

—¡Qué triste es la vida! Todo lo que fuiste y en lo que te quedas...

—¡Ay, Raquel, y lo que nos queda con la que nos ha venido encima! Al menos no están solos ni descuidados, es lo que me da fuerzas para seguir cada día.

—Ya... Bueno, ya estás limpito. Nos vemos en un rato.

El tiempo pasaba y yo seguía atrapado en los campos de mi propiedad, me seguía extrañando no ver el Sol ni la Luna. Intenté con todas mis fuerzas moverme de allí, pero por algún motivo que desconocía, mi cuerpo se había quedado paralizado. Asustado,

bajé la mirada a los pies y estos estaban cubiertos por una gran cantidad de barro. Cuanto más estirara hacia arriba, más fuerte me impulsaba hacia abajo. ¡La tierra y el agua me la habían jugado! ¿Por qué me estaba ocurriendo esto? ¡Y en mi casa!

A continuación de estos elementos vino el aire. Un gas color mostaza cubrió los cielos y descendió pesado; se insertó por mis fosas nasales ocluyendo los pulmones, privándome del hálito de la vida. Mi organismo entró en *shock*, quería gritar pero mi garganta no emitía sonido. De la tierra brotó, como un terremoto, una gran serpiente de dos cabezas que, veloz, se alzó para enrollarse por todo mi torso. Una cabeza miraba al Cielo y la otra al Infierno. Algo debía estar pasando también en el otro plano de mi existencia, pues a pesar del miedo y la asfixia, comencé a notar un calor reconfortante en mis manos. De entre el polen de las flores que todavía permanecían vivas, brotaron unas majestuosas y violáceas mariposas; aletearon a mi lado y con su brisa lograron calmar mis sentidos. Eran la expresión del amor.

—Tranquilo, Eleuterio, ahora te encontrarás mejor.

—Car... ¿Carmina? —me pareció oír una voz procedente de una de las antenas de las mariposas. Permaneció un rato conmigo, después me acarició la mano y finalmente se fue volando hacia el firmamento haciendo desaparecer consigo el irritante azufre.

Callado, reflexioné por largo rato con la mirada perdida. De nuevo no fui consciente de cuánto tiempo había pasado desde el ataque, pero cuando recobré la propiocepción, pude ver que ya no estaba enrollado por la serpiente. En lugar del bífido habían crecido sobre mi piel centenares de hojas, ramas y raíces. La visión, sin embargo, no me causó sensación de desagrado. Lo que en un momento había sido carne, ahora estaba transformándose en corteza y musgo, albergando nuevas formas de vida en su interior. De repente me entró un profundo sueño, y cómodo en la tierra como me encontraba,



accedí a reposar la cabeza contra mi nuevo cuerpo para echarme una siestecita. Por fin todo mi yo pudo descansar: fue la siesta más revitalizante que me había echado en la vida. Aunque para mi sorpresa, cuando intenté despertar, no pude ver más allá de un hermoso tejo ancho e imponente que crecía al borde de mi casa (y lo veía desde arriba, como flotando). A medida que ascendía, captó mi atención un brillante y plateado cordel que unía mi alma con el árbol. Movido por el instinto, traté de estirarlo. No obstante, cuanto más tensaba, más me alejaba; hasta que llegó un punto en el que me desconecté de él. Preso por el pánico de la incertidumbre, pataleé y gimoteé como un infante:

—¡Mis campos, mi huerto, es todo lo que tengo!

—No seas tonto, Eleuterio –me reprendió una estimada voz cortando en seco mi rabieta. Por lo tanto, lo que fue, será, y a través de la que vive se quiso reflejar–. Tienes y has tenido regalos que se escapan de lo material, y que te han acompañado en este camino hasta el final. Quien siembra con amor y sin ser egoísta, es recompensado con el mismo corazón altruista –sentenció en una rima–. Además, aquí en «la nueva Tierra» siempre es primavera.

Y entonces la vi a ELLA.

FIN

**Jessica Inés Pyke Ardila**